

UNA BIOGRAFIA LITERARIA: ESTRATEGIA Y SENTIDO

1

Una larga amistad con los textos y la persona de Jorge Luis Borges ha permitido a Emir Rodríguez Monegal la elaboración de un sistema de ensayos críticos en torno de aquél, que converge en el volumen de biografía literaria recientemente ofrecido por la casa Dutton al lector de habla inglesa. Tal sistema ha de verse como el resultado de una vivaz frecuentación asidua y cuidadosa del escritor y de su obra, y en su conjunto documenta una rica y no usual exploración literaria, preparatoria de un libro mayor sobre el escritor explorado.

Una treintena de artículos y notas, publicados ya sea en español, francés o inglés, más el conocido *Borgès par lui même*, son las piezas que componen dicho sistema, algunas de las cuales revisaremos como paso previo a la consideración del libro mayor¹.

«Dos cuentistas argentinos» (*Clinamen*, Montevideo, jul.-ag. 1947), reseña bibliográfica con extensión de artículo producida por ERM a los veintiséis años, inaugura la serie de sus testimonios sobre Borges. Allí se discuten los apócrifos *Dos fantasías memorables* y *Un modelo para la muerte* a través de una humorística aceptación: el crítico finge creer en H. Bustos Domecq y B. Suárez Lynch como personas reales, pero establece una coartada irónica al comentar en una de las notas al pie ciertas declaraciones de Borges en una revista de 1945. RM reprocha a HBD y BSL sus fallos estilísticos, la condición de «sobreescritos» que afecta

¹ Emir Rodríguez Monegal, *Jorge Luis Borges: A Literary Biography* (New York: E. P. Dutton, 1978). Para una bibliografía de los trabajos de Emir Rodríguez Monegal sobre Borges, véase Horacio Jorge Becco, *Jorge Luis Borges: Bibliografía total, 1923-1973* (Buenos Aires: Casa Pardo, 1973).

a sus textos y «la escandalosa y reiterada imitación de los procedimientos narrativos patentados por Jorge Luis Borges...»².

En «Jorge Luis Borges y la literatura fantástica» (*Número*, Montevideo, nov.-dic. 1949) se afirma que Borges «constituye una literatura dentro de otra literatura», y son confrontadas ideas de Borges sobre la literatura fantástica con su propia narrativa³. Sostiene el artículo que sus ficciones expresan una visión de la realidad y que en su centro hay una concepción caótica y nihilista que encubre una cosmovisión de extremo idealismo.

«Macedonio Fernández, Borges y el ultraísmo» (*Número*, abril-junio 1952) revisa y discute la influencia que Macedonio ejerció sobre Borges no sólo como precursor de una modalidad pasajera de éste, sino también «como el guía de sus meditaciones primeras, como el orientador de su idealismo solipsista»⁴.

Una retórica asistemática, que varía a través del tiempo y se traslada del verso a la narración fantástica, es identificada en «Borges: teoría y práctica» (*Número*, dic. 1955). Se muestra la inscripción de toda su obra en una cosmovisión de entidad poética hincada en las vivencias más íntimas del escritor⁵.

«Borges entre Escila y Caribdis» (en *El juicio de los parricidas*, BA: Deucalión, 1956, pp. 55-79)⁶ trata de interpretar el aplauso y negación, igualmente fervorosos, que recibe el joven maestro entre los que en Argentina llegaron a las letras con posterioridad a 1945, jóvenes de impulso parricida que pretendieron la «fijación de un nuevo sistema de vigencias (...) referido a la situación vital del que juzga». A la «Discusión» practicada en *Megáfono* (BA, ag. 1933) del Borges de 1925, sucede otra respecto de un Borges que, luego de una carrera literaria cumplida, está vuelto contra el que vivió la experiencia vanguardista. A este último lo juzgan los nuevos jóvenes desde la perspectiva indicada; sus testimonios —los de Héctor Álvarez Murena, Adolfo Prieto y Enrique Pezzoni, entre otros menos interesantes— son puestos a prueba por RM, quien establece como consecuencia de su análisis que tanto o más borgistas son

² Repr. como apéndice a *Dos fantasías memorables*, ed. de H. J. Becco (Buenos Aires: Edicom, 1971), pp. 49-57.

³ Escribe con motivo de la publicación de *El Aleph*; reimpr. en su *Narradores de esta América* (Montevideo: Alfa, 1963), pp. 81-96.

⁴ Escribe con motivo de la muerte de M. Fernández.

⁵ Reimpr. en *Narradores de esta América* (Montevideo: Alfa, 1969), I, páginas 187-235.

⁶ Los artículos que componen *El juicio* fueron publicados en *Marcha* (Montevideo, diciembre 1955-febrero 1956).

quienes atacan que quienes defienden a Borges, cuyas creaciones más perdurables serían: un nuevo lenguaje y su ironía frente a la realidad argentina.

Aserciones sobre el arraigo de Borges más allá del espacio, su absoluta singularidad literaria y genuina inscripción en las tradiciones de una cultura americana, contiene la participación de RM en *Evasión y arraigo de Borges y Neruda* (Montevideo: tall. Ligu, 1960), un diálogo transmitido originariamente por radio y del que también participaron Carlos Real de Azúa y Angel Rama⁷.

«Borgès essayiste» (*L'Herne*, París, 1964) tiene *in nuce* los principales elementos de un futuro libro. Allí se ve cómo la prosa se impuso lentamente a partir de 1925, alejando a Borges de la práctica de la poesía. Prosa que fundamentalmente fue crítica, ensayo literario o especulación metafísica volcada a la construcción de un idealismo solipsista. Se insiste en que practicó la crítica como un medio de resolver problemas que enfrentaba como creador y en que, convencido de la vanidad y locura contenidas en la crítica literaria, no tuvo más salida que diseñar una nueva retórica que codificase las nuevas formas del arte contemporáneo. Reitérase asimismo lo expresado en el artículo de 1949 sobre su cosmovisión; también la idea de «literatura dentro de otra».

En la obra de Borges, poesía, crítica y narración son formas de una sola personalidad, se afirma en «Borges como crítico literario» (*La Palabra y el Hombre*, Xalapa, Méx., jul.-sept. 1964). Algunas ideas del anterior son reiteradas en este artículo, cuyo espíritu es reafirmar que Borges ejerció la crítica para discutir a través de ella sus problemas de creador, su necesidad de hallar «un punto focal (un Aleph) desde donde el laberinto se organiza, el caos adquiere forma, la realidad desnuda su verdadera y trágica faz». Y declara superflua toda consideración de la actividad literaria de Borges que no parta de dicho centro⁸.

RM actúa ya como depositario de ciertas verdades referidas a su héroe. En «Jorge Luis Borges. Harto de los laberintos» (*Mundo Nuevo*, París, núm. 18, 1967) afirma que Borges destruyó el estereotipo del *escritor latinoamericano*, poniendo el acento en la palabra escritor. Latinoamericanos le atacaron por no ser bastante argentino y europeos por no ser bastante exótico: ambos ataques provienen, según RM, de un error que busca en la literatura documento humano, cuando ella es fundamental-

⁷ Véase también *Revista Nacional* (Montevideo, octubre-diciembre 1959); se transmitió por la radio oficial del SODRE (diciembre 1957).

⁸ También corrige a un colaborador de *Modern Language Notes* que enfatiza la deuda de Borges con Croce.

mente lenguaje: Borges inventó un lenguaje y a través de éste inventó un mundo. Cosmopolita literario arraigado en una Buenos Aires cosmopolita, desde allí «contempla el universo entero». Ser argentino fue para él punto de partida; al descubrir que la literatura está ante todo hecha de lenguaje, cumplió una hazaña liberadora que sirvió a su continente al servir a la causa general de las letras: «Borges es como la filigrana que por transparencia se puede encontrar en el papel en que escriben hoy los mejores latinoamericanos».

Dos artículos publicados en la *Revista Iberoamericana* muestran a RM atento a la recepción que de Borges se hace en los Estados Unidos y Europa; son ellos: «Borges en USA» y «Borges y la *Nouvelle critique*» (números 70 y 80 resp.: en-mar. 1970, jul.-sept. 1972). Se suma en la misma dirección «Una traducción inexcusable» (nota, *RI* núm. 81, octubre-diciembre 1972)⁹.

Borgès par lui même (Paris: Seuil, 1970) es un trabajo mayor donde se condensan ideas y convergen textos del material hasta aquí revisado. Ambicioso examen del *rêve éveillé* de su protagonista, explora cuidadosamente su idea del tiempo, su problema de identidad, su sistema de símbolos. Insiste en la idea de que ser argentino es para Borges sólo punto de partida hacia un universo hecho de palabras y de una mitología absolutamente personal. Se revisa el proceso de construcción del escritor Borges a través de una sucesión de máscaras, y el de canalización de su especulación metafísica. Ideas ya conocidas sobre el subyacente idealismo solipsista que encubre la aparente condición caótica del universo borgiano, y sobre la función de la crítica por Borges ejercida, dan vertebralidad y coherencia a los diversos capítulos del libro.

A éste se adjunta el artículo sobre Borges y la *Nouvelle critique*, ya anotado. Allí se resumen, discuten y confrontan entre sí las piezas fundamentales de un núcleo de especulación crítica formado en torno de las ideas de Borges sobre la narración y sobre su práctica de narrador. Los textos examinados pertenecen a Maurice Blanchot, Gérard Genette, Jean Ricardou, Claude Ollier, Pierre Macherey y Michel Foucault. De ellos sería Foucault, en el prefacio a *Les mots et les choses*, quien cala más íntimamente en la escritura de Borges, a la que RM define como «una empresa literaria que se basa en la 'total' destrucción de la literatura y que a su vez (paradójicamente) instaura una nueva literatura; una *écri-*

⁹ «Borges en USA» comenta libros de R. Burgin, Z. Gertel, L. A. Murillo y R. Christ; contiene una observación referida al «estilo de criollo viejo» propio del habla de Borges que debería ser desarrollada. «Una traducción...» protesta por la de *Introducción a la literatura norteamericana*.

ture que se vuelve sobre sí misma para recrear, de sus propias cenizas, una nueva manera de escribir»¹⁰.

«Símbolos en la obra de Jorge Luis Borges» (*Studies in Short Fiction*, vol. VIII, núm. 1, Winter 1971) acerca al lector en español a uno de los temas maestros incluidos en la arquitectura de *Borgès par lui même*. El tema es planteado en sus líneas generales «buscando definir a través de ellas su arte inagotable de fabulador, de mitógrafo». Sueños, laberintos, espejos, tigres y bibliotecas hallan aquí cuidadosa atención, convencido quien escribe de que la obra de Borges se caracteriza sobre todo por revelar un sistema de símbolos de plenaria evidencia¹¹.

Como un puente entre el libro francés y la futura biografía, «In the Labyrinth» (*Books Abroad*, vol. 45, núm. 3, Summer 1971) contiene elementos de ambos, de sustancia anecdótica y que muestran a Borges en relación con Buenos Aires en tiempos distintos: la particular naturaleza del escritor y el aditivo de la progresiva ceguera hacen de éste una intensa variante de Asterión.

«Borges: The Reader as Writer» (*Tri-Quarterly*, núm. 25, Fall 1972) enfrenta entre sí ambas actividades y también halla que el lector y el escritor buscaron en una vida de papel de naturaleza vicaria aquello de que carecían en la vida real. Tal conducta se explicaría como una total sumisión a la voluntad paterna, que paradójicamente solucionaría un latente conflicto edípico. El extenso ensayo examina la negación del tiempo, el entendimiento del universo como libro y otras alegorías que han obsesionado a Borges, para desembocar en un tema nuevo para la crítica borgiana: el de la relación entre producción literaria y paternidad. La intención final de RM es esclarecer la existencia, a partir de Borges, de una poética de la lectura que en lugar de poner el acento en la creación de la obra literaria lo pone en el acto de leer y que, comenzando por Genette, ha sido asumida y desarrollada por la crítica francesa¹².

Algunos aspectos centrales de sus textos críticos son puestos a prueba en «Borges and Paz: Toward a Dialogue of Critical Texts» (*Books Abroad*, vol. 46, núm. 3, Autumn 1972). De la confrontación surge que la formulación de una poética de la lectura por parte de Borges contrasta con la afirmación de Paz de que una ausente crítica hispanoamericana priva al continente de un espacio intelectual que opere como ámbito de ideas: más optimista que el maestro mexicano, RM concluye que la exis-

¹⁰ Versión inglesa en *Diacritics* (Winter, 1972). Reimpr. en *Borges, hacia una lectura poética* (Madrid: Guadarrama, 1976), pp. 95-125.

¹¹ Reprod. en *El cuento hispanoamericano ante la crítica*, comp. de Enrique Pupo-Walker (Madrid: Castalia, 1973), pp. 92-109.

¹² Reimpr. en *Borges, hacia...*, pp. 95-120.

tencia de obras críticas como las de Reyes, Borges y Paz han dado las bases para el diálogo y prueban que el diálogo intelectual puede existir en América Latina¹³. Obviamente, la intención y sustancia de este artículo entroncan con las del anterior. Así lo hace también «Borges the Reader» (*Diacritics*, Winter 1974), pero su texto corresponde ya a anticipos de la primera parte del libro que publicará Dutton¹⁴.

Con «El *Martín Fierro* en Borges y Martínez Estrada» (*Revista Iberoamericana*, núms. 87-88, abr.-sept. 1974) se intenta leer el libro que las lecturas practicadas por éstos re-escribieron. Allí se ve al método empleado por Borges como un fragmentarismo de brillantes intuiciones que practica cortes tajantes en la textura del poema, produciendo una lectura idiosincrática que incluso se expande del texto crítico hacia la parodia narrativa¹⁵.

«Realismo mágico vs. literatura fantástica: un diálogo de sordos» (*Memoria del XVI Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana*, pp. 25-37) quiere hacer un análisis de la categorización del realismo mágico en el contexto de Borges y otros escritores afines con él, para lo cual revisa en tono polémico las conocidas posiciones de los profesores Angel Flores y Luis Leal. Aquí la noción de realismo mágico es recusada en general, y con respecto de Borges, a través de razonada exposición de material erudito¹⁶.

Finalmente, «Borges y la política» (*Revista Iberoamericana*, números 100-101, jul.-dic. 1977) cerraría el intento de situación que el sistema de artículos que hemos venido describiendo configura. El tema, como lo advierte una de las notas, está servido por materiales pertenecientes al libro de Dutton. Sin embargo, por la configuración que adquieren éstos en el artículo bien puede decirse que éste actúa en la estrategia literaria de RM como una articulación entre aquel sistema y la *summa* borgiana, su biografía.

¹³ Versión española en *Revista Iberoamericana* (núm. 89, octubre-diciembre de 1974); reimpr. en *Borges, hacia...*, pp. 9-40.

¹⁴ Contiene: «The Act of Reading; The Family Museum; The Personal Myth; The Two Mothers: The Two Codes». Véase el reportaje de Roberto González Echevarría a Rodríguez Monegal en el núm. siguiente de *Diacritics* (Summer 1974).

¹⁵ El estudio subraya el vínculo profundo que une las lecturas practicadas por ambos maestros.

¹⁶ Pese a ser texto de un discurso inaugural, este trabajo aparece fragmentado en la *Memoria*.

2

Quizá sea Coleridge, con la suya, quien suministró la idea de biografía literaria. El uso que Rodríguez Monegal hace de esa posibilidad, de ese modelo de biografía reservado a los escritores, se ve condicionado en primer término por la abdicación que Borges hizo de su vida personal para convertir vida personal en lectura, vida vivida vicariamente, y a la lectura en re-escritura de lo leído.

La escasez de los datos usualmente necesarios al biógrafo es compensada por una galvanizante aventura del espíritu que desplaza de la realidad hacia el sueño a quien la ejecuta. La incomparable aridez de la vida aparente de Borges contiene en su interior otra existencia que en términos solipsistas desbarata las aristas de la vida narrable y enmascara con ella esa riesgosa excursión del espíritu por el Espíritu.

Ciertos rasgos que desvitalizan al personaje, entre ellos su inusual relación con las personas dramáticas de un encapsulado mundo familiar, son metabolizados por este hijo que indefinidamente siguió siéndolo y nunca llegó a ser padre, en el contramarco preservador de aquella imperturbable experiencia de lectura y re-escritura.

Las modestas peripecias del argentino sumergido en una Buenos Aires aislada, fragmentada y algo parroquial se transforman en heroicas hazañas por la reducción casi a grado cero de toda actividad que no sea la formulación de una literatura. No de una obra literaria, sino de una literatura, subraya RM, con sus delicados equilibrios y sus múltiples convenciones. Una literatura que funciona también ella como una cápsula, de membranas permeables, en el contexto dual e interreligado de una literatura nacional y una *Weltliteratur*.

Incluso las gratuidades concernientes a la persona pública Borges, que afectan románticamente no sólo a quienes han leído a Borges, sino sobre todo a quienes no lo han leído, participan de la alquímica transmutación cuando lo que se pretende es una biografía literaria.

Escribir la vida de Borges en términos tradicionales no justificaría quizá el esfuerzo psicológico de codificación de su texto. Y el argumento de ese libro predecible, y ya escrito, no desborda mucho las dimensiones de una cronobibliografía, y hace tiempo está en la memoria de las personas informadas sobre literatura hispanoamericana.

En términos de biografía literaria, los textos de Borges escriben a éste, lo que pone al primer lector de la biografía, a quien la escribe, frente a un palimpsesto que siendo en cada lección él mismo, a la vez es en cada lección diferente. A ello se suma que los textos fueron ya

re-escritos por ciertas lecturas prestigiosas que se anticiparon al biógrafo e interceptan su propia mirada de lector.

Todo ello configura una escritura circular donde la noción de realidad se aminora. Una que produce la misma sensación de *malaise* que proviene de cierto difundido retrato del general Mansilla, de levita y chistera, en el cual un artificio de espejos multiplica las imágenes anulando las señales correspondientes a la figura sólida que produjo ese desorden iconográfico.

Lector profesional de Borges, largamente su amigo y algunas veces una de las criaturas convocadas por Borges al espacio literario de sus narraciones, Rodríguez Monegal previó los riesgos de trazar en un idioma hoy casi sin fronteras la vida del más controvertido y omnipresente, del que más complejo mito y leyenda tiene entre los escritores vivientes de lengua española. Ante las diferentes opciones que su proyecto ofrecía, escogió la *literary biography*. Y escogió bien. Veremos ahora cómo funciona el producto de esa elección.

Un sistema de nombres sucesivos que significan nuevas máscaras, de imposición a veces jocunda, a veces dolorosa; el enmarcamiento de éste en otro constituido por las personas dramáticas, las figuras mitológicas del clausurado recinto familiar; y el de este último, en una nebulosa visión de la realidad inmediata, son los estructurantes inmediatamente perceptibles en el discurso biográfico.

A él confluyen, dando profundidad a la estructura y también capacidad polémica, las ideas que vertebraron los textos revisados al comienzo, iluminaciones parciales del fenómeno «Borges» en unos treinta años de sostenido asedio.

La referencia concreta a personas vivientes externas al mundo borgiano funciona como la condición externa necesaria para dar verosimilitud, respetable aceptabilidad a la empresa secreta del héroe (que su biógrafo traslada a pública), esa búsqueda de un Graal de naturaleza literaria, de un Aleph. La búsqueda de una privada noción de la literatura que no se expresará por sí, sino por medio de la formulación de una poética. Una poética de la lectura desmembrada hábilmente en textos fragmentarios que al primer lector de la biografía, quien la escribe, corresponde agrupar y ordenar en un mensaje de sintaxis permanente.

Esta es la tarea que RM asume, y con ella una empresa ardua y ambiciosa: la de proponer una manera de leer a Borges.

Empresa que conlleva sus riesgos. El primero está contenido en la propia persona del literariamente biografiado, con respecto de la cual está declarado y es evidente que el biógrafo se ha mantenido a distancia

de prudente independencia. El segundo, en los conflictos y paralogismos que pueden suscitarse entre el discurso biográfico y el de los productos autobiográficos ofrecidos a tiempos distintos y con bastante generosidad por el propio Borges. En la insalvable consecuencia que la lectura biográfica tendrá para los textos que son su materia viva, el tercero; materia viva, materia prima, a la que se sobreimprime una lectura sistemática, abarcadora, de intensa lucidez.

La estilización de datos tomados de ambas realidades —Borges, sus textos— y la interacción entre ambos dentro del discurso biográfico producen una nueva ilusión óptica que puede provocar en mayor o menor grado el asentimiento de un segundo lector, el destinatario de ese discurso.

Pensemos, valga el ejemplo, en el caso de *De Sanctis* respecto a Dante. El primero ha impreso su juego de inteligencia sobre los textos del creador literario estableciendo un cierto orden regulador, que puso a prueba su capacidad disgregadora y reestructuradora frente a la tradición aceptada, la que proviene de lecturas que se le han adelantado en el tiempo.

A las líneas de fuerza ya revisadas en el libro de RM se adjunta una condición dinámica relacionada con todos los factores que producen la tensión necesaria para que el objeto del mecanismo —Borges, su obra— se sostenga en el espacio. El discurso biográfico debe indagar, y lo hace, esa dinámica, que corresponde en Borges a la apropiación de un primer código lingüístico y al paso y las condiciones de paso hacia códigos subsiguientes, con los consiguientes riesgos experienciales y posibles señales traumáticas.

Pero el héroe de una biografía, y menos este héroe dual (Borges es Borges y sus textos), no es sólo por sí, sino también, fundamentalmente, por el modo como es percibido. Es, pues, introducida una auscultación sistemática y cuidadosa de esa mutante de percepción que gracias a una oportuna cosmética de juegos de azar (premios, molestias políticas, traducciones) hizo del solitario profeta con un *underground* de fanáticos, el guru, el epifenómeno mitológico que se ha elaborado en torno de Borges principalmente fuera de su país, de su continente latinoamericano.

El resultado de la nueva percepción hace que Borges ya no sea solamente el hombre que atraviesa códigos lingüísticos y las circunstancias propias de esos códigos en un viaje traumático que desemboca en la producción de ciertos textos. Ahora son estos mismos textos quienes recorren el mismo camino en sentido inverso y quienes bajo nueva corteza lingüística refractan sobre el hombre, produciendo una nueva lectura de ese hombre.

Y ese hombre y esos viejos textos aparecen finalmente juntos participando de un espacio intelectual al que no había tenido acceso ningún otro latinoamericano con sus textos. Que eso es, en apretada síntesis, la consideración actual de Borges sin adjetivos localizadores, la desnuda aceptación de su condición de escritor universal.

La radiografía que aquí se ha intentado del libro de Emir Rodríguez Monegal no es otra cosa que una radiografía, tentativa. La bien probada habilidad de quien ya narró a Bello, Quiroga y Neruda encubre sutilmente, magistralmente, esas líneas de fuerza, ese entramado bajo una narración coherente y sistemática de hechos ocurridos en el tiempo y el espacio, pero que se prolongan en la consideración estética, produciendo un *continuum* que se lee, pese a su elusiva materia, en actitud que responde a la fuerza de atracción de un texto narrativo eficiente dentro de los marcos y contramarcos impuestos por su codificador y su sujeto.

La típica metátesis romántica que pone a los creadores en primer plano respecto de sus obras ante la mirada del público es aparencialmente muy bien servida por el saber escriturístico del escritor uruguayo. Y no sería sorprendente que un despistado lector se encaminase hacia los textos de Borges por virtud de haber leído esta biografía.

Pero bajo esa apariencia está el rigor del crítico. Cierta prudencia tipográfica impide indicar todos los aciertos parciales de Rodríguez Monegal en la producción de su libro. Su mesurado y certero uso del instrumento psicoanalítico, el entendimiento de Borges como vindicador de su padre, la visión de sus deudas literarias como camino hacia la elaboración de la propia personalidad, la identificación de los símbolos borgianos en su traumática capacidad de refractar especularmente entre el hombre privado y el escritor, la denuncia de algunas lecturas que funcionaron como espejos enigmáticos, no estarían ausentes en un demorado recuento. Menos aún la interpretación que se da del accidente de 1938 o de la estrategia de trampas que contienen los textos, la promoción de una silueta de Borges como reverso del *scholar* o la inteligente visión de su deuda con Francia, la exploración sistemática de su vida económica o la de sus actitudes frente a la relación de pareja, o el sostenido examen de la función de los estilos eruditos en la narrativa borgiana.

Cierta reposada consideración de la «industria Borges» por Rodríguez Monegal merece en ese contexto particular atención, más aún cuando el libro mismo, sus circunstancias editoriales, son producto indirecto de esa industria.

Al desmontar el proceso de producción de «Borges», reduciendo a éste a sus reales proporciones, Rodríguez Monegal contribuye a desmiti-

ficarlo, lo cual es posiblemente el más eficiente y afectuoso favor que se le puede hacer a Borges.

Algunas disensiones también podrían apuntarse: por ejemplo, las que hacen a las relaciones de Borges con Güiraldes y con Valery Larbaud, u otras referidas a la real importancia de las versiones cinematográficas de textos borgianos¹⁷, pero ello reclama un espacio independiente de esta reseña.

Cabe cerrar su perímetro subrayando la continuidad de obra cíclica, que, a partir de las notas de *Clinamen* y hasta el libro que dio centro y propósito a estas páginas, ha tenido la múltiple, obsesiva, perfeccionista y totalizadora actividad de Emir Rodríguez Monegal en torno de la persona y la obra, para el caso lo mismo, del maestro Jorge Luis Borges.

No resulta difícil predecir que esa actividad y este libro actuarán fuertemente en el condicionamiento de las lecturas por venir que se practiquen sobre el hombre y los textos que los han motivado.

ALBERTO BLASI

Brooklyn College & Graduate Center (CUNY)

¹⁷ También leves correcciones: Ansermet es suizo (cf. p. 237) y Albert, ciudad francesa (p. 359); Jerónimo Luis de Cabrera fundó Córdoba (p. 6); en 1613 fue fundada la universidad cordobesa y recién en 1939 la de Cuyo (p. 436); debe leerse Lusarreta en p. 350 y *virum* en p. 44, l. 10.

